

Estudios del malestar

José Luis Pardo

Estudios del malestar

Políticas de la autenticidad en las
sociedades contemporáneas



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Ilustración: «La broma infinita» (fragmento), Ángel Mateo Charris, 2016

Primera edición: noviembre 2016

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© José Luis Pardo, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2016

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6408-3

Depósito Legal: B. 21054-2016

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

El día 27 de septiembre de 2016, el jurado compuesto por Salvador Clotas, Román Gubern, Xavier Rubert de Ventós, Fernando Savater, Vicente Verdú y el editor Jorge Herralde, concedió el 44.º Premio Anagrama de Ensayo a *Estudios del malestar*, de José Luis Pardo.

Resultó finalista *Contra el tiempo*, de Luciano Concheiro.

PLIEGO DE DESCARGAS

*You can't judge an apple by looking at a tree
You can't judge honey by looking at the bee
You can't judge a daughter by looking at the mother
You can't judge a book by looking at the cover.*¹

W. DIXON,
«You can't judge a book by its cover» (1962)

En los libros de ensayo, sobre todo en la tradición anglohablante, es corriente anteponer al texto una página de agradecimientos en la que se señalan las deudas con colegas y colaboradores. No suele ser así entre nosotros, que como todos los pobres procuramos disimular nuestras deudas más que airearlas. Pero como preveo que con este libro no voy a hacer muchos amigos, he creído necesario al menos presentar una página de *disculpas*. Me explico.

Decía Gilles Deleuze que los profesores de filosofía, como los pintores figurativos, se dividen en dos gremios: los retratistas (que reconstruyen la obra de algún autor de los que han dejado su nombre en la historia de la filosofía) y los paisajistas (que reconstruyen corrientes, escuelas, épocas o problemas). Los retratistas (entre los cuales se coloca el propio Deleuze) necesitan más arte que los paisajistas, pues la impericia que puede disimularse gracias a la «lejanía» con la que se contempla el objeto en un paisaje no pasaría desapercibida cuando de lo que se trata es de captar el gesto singular

1. «No se juzga una manzana mirando el árbol. / No se juzga la miel mirando a la abeja. / No se juzga a la hija mirando a su madre. / No se juzga un libro mirando su portada.»

que distingue a un autor de cualquier otro. Yo me di cuenta hace años de que soy paisajista. Por eso, cuando intento hacer retratos de filósofos y similares –como sucede de vez en cuando en este libro– lo que me salen son caricaturas. Ya saben: esas figuras en las que el parecido se logra exagerando los rasgos más prominentes mientras los demás se simplifican, y en las que los caricaturizados, aunque no lleguen a parecer ridículos, siempre tienen algo de cómico.

Normalmente, como los dibujantes aficionados, las reservo para el ámbito privado; pero en este caso las he sacado a la luz porque lo que quería ofrecer al lector no era una galería de retratos, sino el recorrido de un problema de filosofía política en cuyo desenvolvimiento histórico no han tenido tanta importancia los «sistemas» de los filósofos cuyos nombres menciono como las caricaturas –a veces realizadas por los propios pensadores– que de ellos han circulado en la discusión teórica y práctica. Es como si, en lugar de ir a buscar sus doctrinas a las bibliotecas que conservan sus obras completas, me hubiese descargado la versión que circula «en la red», la versión común de la que se sirven las que podríamos llamar *políticas de la autenticidad* para justificarse cada día en público. Por todo ello, cuando en lo sucesivo aparezcan los nombres propios de Alain Badiou, Walter Benjamin, Camus, Deleuze y Guattari, Duchamp, Foucault, Hegel, Hobbes, Jünger, Kant, Ernesto Laclau, Marx, Platón, Sartre o Carl Schmitt (entre otros), e incluso algunos más abstractos, como «el artista de vanguardia», «el 15-M» o «el artista contemporáneo», no sólo se referirán a los escritores o colectivos así llamados, sino también a una corriente de opinión inspirada en ellos y que se representa mediante su nombre en el debate cultural de nuestro tiempo. Como la cebra en el parque zoológico, estos nombres designan más a una especie que a un individuo, son más personajes que personas. Les pido, pues, disculpas a todos ellos por haberme tomado estas libertades.

Pero a quien debo la disculpa más grande es a otro personaje que de vez en cuando se asoma a estas páginas, la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, que profesionalmente es mi casa, aunque sea una casa en la que tengo la sensación de no haber llegado nunca a *entrar* enteramente y de la que asimismo no he podido *salir* del todo desde mi época de estudiante. A pesar de la impresión que pueda dar la caricatura que hago de ella en este ensayo, esa Facultad no es un santuario de comunistas irredentos, aunque los hay; tampoco es un nido de católicos integristas, aunque también los hay, sino un lugar lleno de personas que han hecho de la filosofía el sentido de su vida pública y que en general la representan con la mayor dignidad, y un lugar tan acogedor y tolerante que, además de aceptar a comunistas, católicos y demás especies, siempre que se avengan a medirse en el territorio del conocimiento, ha tenido la benevolencia de hospedarme también a mí. En estos meses en los que, después de mucho tiempo de servicio, mi Facultad se enfrenta a la posibilidad real de su disolución, es a ella a quien me gustaría dedicar este libro.

Madrid, mayo de 2016

0. «COMUNISMO», DIJO ÉL (PRÓLOGO)

*I come home in the morning light
My mother says: «when you gonna live your life right?»
Oh mother dear, we're not the fortunate ones
And girls –they wanna have fun
Oh, girls just wanna have fun.¹*

HAZARD & LAUPER,
«Girls just wanna have fun» (1979-1983)

La idea de este libro nació de una tarde del año 2010 en la que cierto pensador francés daba una conferencia en el Paraninfo de la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid. Mirando al público, yo recordaba pocas ocasiones en las que, tratándose de un acto de este tipo, la sala hubiera estado tan llena, abarrotada por jóvenes estudiantes y algunos profesores más maduros, no sólo de la casa sino también de la vecina Facultad de Bellas Artes e incluso de más allá, puede que tal vez del más allá, que en el caso de las facultades de Filosofía es un umbral que se alcanza con suma facilidad; y todo ello a pesar de que el avión que traía al filósofo se retrasó un par de horas, incluyendo la comida con el agregado cultural de su embajada, y de que hubo una compleja controversia previa con los traductores a propósito de los micrófonos y otros dispositivos técnicos, así como de los derechos laborales de los unos y de los otros, que duró no menos de treinta minutos, antes de que comenzase el acto. No es que la ocasión no lo mereciera, por supuesto, pero la

1. «Vuelvo a casa de madrugada / y mi madre me dice: ¿cuándo vas a sentar la cabeza? / Querida mamá: no somos las elegidas / y las chicas sólo quieren pasarlo bien.»

razón de aquel pleno —que un espectador más avisado habría comprendido mucho antes que yo— apareció apenas unos minutos después de comenzar la sesión, cuando el conferenciante pronunció la palabra mágica: «comunismo».

Aunque haya tantas cosas que en nosotros ya están adormecidas, tanta sensibilidad perdida con el devastador progreso de los acontecimientos y el envilecimiento de las palabras, todo indica que esas cuatro sílabas aún despiertan algunas fibras a las que no se puede permanecer impasible, arrastran un prestigio o una ferocidad que se imponen antes de toda reflexión, que nada deben a la lectura sesuda de los escritos de Marx y Engels o a la historia de la Unión Soviética (igual que, por otra parte, sucede, aunque en este caso *para mal*, con el vocablo «fascismo», que sigue siendo un insulto de máxima intensidad descalificatoria completamente al margen de sus concreciones históricas reales). Es incluso probable que muchos de los asistentes hubieran acudido al Paraninfo sólo para eso, para oír decir «comunismo», con la misma excitación con la que, en otro tiempo, un niño pequeño buscaba en el diccionario una palabrota o un muchacho entrado en la pubertad leía las definiciones de los términos de contenido sexual en una enciclopedia, y desde luego con la misma delectación con que aún lo pronuncian en sus soflamas, cual si estuvieran diciendo en voz alta la palabra sagrada de un conjuro, los quintacolumnistas de ultraderecha, como si fuese la invocación de un demonio —en este caso, el sublime nombre del demonio capaz de asustar o inquietar al dios del capitalismo, sea lo que sea lo que signifique esta última expresión—, como si se tratase de la única forma superior de incorrección política que se considera aún tolerable, compatible con la rebeldía de la juventud y con el inconformismo de unos profesores universitarios que, tanto más por pertenecer al gremio de la filosofía, pueden fácilmente considerarse como una suerte de adolescentes perpetuos que se mantie-

nen virginalmente a salvo de los horrendos compromisos pragmáticos a los que tienen que ceder cotidianamente quienes viven en el «mundo real» o han realizado ya su «transición a la vida adulta», una juventud y unos profesores de quienes por tanto se supone que dicen –como los niños– la verdad sin tapujos y sin temor a las consecuencias (que la mayor parte de las veces son inexistentes, pues lo dicho en las aulas, sobre todo si son de filosofía, raramente traspasa sus paredes). Pero ¿qué significaba «comunismo» en aquella sala? ¿Y por qué se pronunciaba esta fórmula mágica en una universidad en lugar de en un mitin político? ¿Y por qué precisamente en una Facultad de Filosofía, y no en una de Historia o de Sociología?

Theodor W. Adorno se refirió en cierta ocasión a una reunión mantenida por algunos escritores antiintelectualistas alemanes a principios de la década de 1920, de la que había nacido un nutrido grupo –los «auténticos»– que, durante los años siguientes, se impusieron por todas partes gracias a una «ideología alemana» dominante; una ideología que, sin embargo, no se amparaba ni concretaba en ninguna doctrina; de ella decía espléndidamente Adorno: «ha resbalado hasta el lenguaje»;¹ es ese mismo lenguaje –y no las presuntas «ideas» transmitidas a través de él, pues en la mayoría de los casos tales ideas sólo brillan por su ausencia– lo que «es de hecho ideología», y es su simple repetición lo que produce efectos ideológicos mucho más eficaces y duraderos que los intentos de exhortación persuasiva dotados de algún contenido argumental. Quizá esta reunión de 2010 también fue, al menos entre otras, un momento fundacional para un movimiento de búsqueda de la autenticidad en política al que le esperaban tiempos propicios.

1. T. W. Adorno, «La jerga de la autenticidad», en *Obra completa*, vol. VI, Madrid, Akal, 2014, p. 498.

1. MARX QUE NADA

*I love to hear the rhythm of the clickity clack,
And hear the lonesome whistle, see the smoke from the stack,
And pal around with democratic fellows named Mac;
So, take me right back to the track, Jack!¹*

HORTON, DARLING & GABLER,
«Choo Choo Ch'boogie» (1946)

Cuando una palabra nos asusta tanto como ésta, quienes tenemos cierta familiaridad con la filosofía tendemos a proceder como hacía Platón en estos casos: dividiéndola en sus diversas significaciones. Así pues, *por una parte*, el término «comunismo», como casi todos los que designan «ismos», es ante todo un término propagandístico, el arma de un combate verbal y, por tanto, una palabra en principio semánticamente vacía, sin contenido descriptivo, ideada para que sus partidarios la *llenen* de sentido derramando en ella «la felicidad y todas las cosas que juzgues bellas», como decía el poeta, exactamente al contrario de lo que sucede con el término antagónico, «capitalismo», voz igualmente hueca hecha para ser colmada con el conjunto de todos los males imaginables (aunque, como sucede con todo lo que está vacío, si el arma cae en el campo del enemigo los «valores» asociados a estas voces se invertirán, y la marca de infamia se convertirá en signo de distinción). En esta condición, la palabra «comunismo» lleva consigo desde sus comienzos una *significación* que

1. «Me gusta oír el ritmo del *chaca-chaca*, / escuchar el solitario silbido y ver salir el humo de la chimenea / y confraternizar democráticamente con mis colegas. / Encarríleme de nuevo en las vías, amigo.»

podríamos llamar *trascendente, poética o filosófica* (adjetivo este último que más adelante justificaremos) que puede variar según su uso polémico y estratégico y que, por su propia naturaleza, ninguna definición conceptual puede fijar de manera exhaustiva (aunque enseguida haremos un esfuerzo por esbozar una determinación mínima) y, por tanto, resulta difícilmente discutible justamente por su labilidad y su oquedad, salvo que confundamos la discusión con ese arrojar palabras a la cabeza que muy a menudo se llama «debate político».

Pero, *por otra parte*, sin duda, los hechos ligados al uso moderno de esta palabra, como la publicación del *Manifiesto comunista* de Marx y Engels y la práctica política de los partidos comunistas nacidos en el siglo XIX, han ido añadiendo paulatinamente al vocablo una *significación empírica* que sí tiene unos contenidos descriptivos tan rígidos como los hechos históricos que los conforman, y esta significación es, en realidad, lo único discutible del comunismo, lo único a propósito de lo cual puede discutirse con respecto a él.

Estos dos tipos de significaciones, que acabamos de distinguir de forma ideal, suelen estar inextricablemente mezclados en la realidad de tal modo que no siempre es fácil disociarlos. Debido a su propia concepción de la filosofía, que puede resumirse en la archiconocida «undécima tesis» de la que Marx y Engels escribieron sobre el siniestro-hegeliano Feuerbach —a saber, que la filosofía no es sólo una visión del mundo sino también una herramienta para su transformación—, el comunismo no puede conformarse con ser únicamente poesía o teoría, sino que tiene que aspirar a una realización histórica y, por tanto, su significación teórica tiene que apuntar siempre a una referencia empírica y práctica. Y también al contrario: la militancia en el Partido Comunista se benefició desde el principio del aditamento de una carga filosófica o trascendente de la que no disponían otras facciones

políticas. Pero, como acabamos de decir, no resulta sencillo aclarar en qué consiste esa carga. Así, a finales del siglo XIX y durante buena parte del XX, ser comunista significaba empíricamente ser militante del Partido Comunista, pero quienes lo eran añadían a su condición esa significación trascendente gracias a la cual, como los socios del Barça dicen que su equipo es *més que un club*, como los chicos de Boston cantan que lo suyo es más que un sentimiento o Alberto Domínguez que su locura es más que amor (frenesí), daban a entender que militar en un Partido Comunista era *mucho más* que ser militante de cualquier otro partido, que decir «soy comunista» era decir *algo más y algo diferente* que «soy militante del Partido Comunista», y que este suplemento que se añadía a la significación empírica no lo llevaban sobre sí quienes decían «soy socialdemócrata», «soy liberal», «soy laborista», «soy conservador» o incluso «soy socialista». Es más, los comunistas tenían la sensación de que ese plus que le añadía una pasión especial a su posición civil tocaba el núcleo esencial de lo político, de lo que pudiera significar «hacer política».

Y esto era así hasta tal punto que se diría que los adherentes a otros partidos políticos (socialdemócratas, republicanos o liberales) ni siquiera merecerían el título de «militantes», o al menos no en la misma medida. Si hubiera que forjar alguna hipótesis acerca de ese suplemento habría que decir, desde luego, que el sobrepeso semántico de la palabra, que parece connotar un grado de compromiso superior al del resto de los proyectos políticos, se parece mucho a una fe religiosa y, en esa medida, a una propiedad personal definitiva de una identidad. Como si quien dice «soy comunista» dijera algo semejante a quien advierte «soy cristiano» o «soy musulmán». Porque parecería que quien es socialdemócrata o conservador lo es de una manera vaga, general, flexible, que no responde a un ideario dogmático, y lo es relevantemente sólo una vez cada cuatro años, o como mucho en aquellas esferas